

mismo punto llegaron los mensajeros que llamaban á Antígono: accidente que contribuyó á hacer mas digna de compasion la desgracia de Cleomenes. Porque si se hubiera detenido dos dias no mas, empleando los medios de prolongar la guerra, ninguna necesidad hubiera tenido de dar batalla; sino que retirados los Macedonios, habria hecho la paz con los Aqueos del modo que le hubiera parecido; cuando ahora por la falta de fondos, segun decimos, lo expuso todo á la suerte de las armas, precisado á entrar en accion con veinte mil hombres contra treinta mil, segun dice Polibio.

En el combate, sin embargo de que dió muestras de excelente General; que sus ciudadanos se portaron con el mayor valor, y que nada hubo que reprimir en los auxiliares y estipendiarios; la calidad de las armas y el peso de la falange fue lo que sin duda le oprimió; y aun Filarco es de sentir que intervino traicion, y que á esta se debió principalmente el que fuera arrollado Cleomenes. Porque dando Antígono orden á los Ilirios y Acarnanios de que ocultamente tomaran la vuelta y flanquearan el ala que mandaba Euclidas, el hermano de Cleomenes, y formando despues las demas tropas en orden de batalla, se puso á mirar Cleomenes desde una eminencia, y como no descubriese por ninguna parte las armas de los Ilirios y Acarnanios, temió que Antígono los hubiera destinado á alguna emboscada. Llamó pues á Damoteles, que era el encargado de observar las asechanzas, y le mandó que viera y examinara qué era lo que habia á retaguardia y alrededor de su hueste; y como Damoteles, que es fama haber sido antes sobornado con dinero, le dijese que sobre aquel punto no tuviera cuidado, porque todo estaba bien, y atendiera solo á lo que tenia delante, y procurara defenderse, dándole crédito, marchó contra Antígono; y habiendo rechazado hasta la distancia de cinco esta-

dios la falange de los Macedonios con el ímpetu de los Esparciatas que consigo tenia, la derrotó y venció, siguiéndole el alcance; pero como en la otra ala hubiese sido envuelto Euclidas, hizo alto, y advirtiéndole el peligro: periclitaste, exclamó, caro hermano, periclitaste como valiente, dejando egemplo á nuestros hijos y memoria á las mugeres espartanas. Muerto asi Euclidas, corrieron de la otra parte los que le vencieron; y viendo Cleomenes á sus soldados fuera de orden, y que ya no tenian valor para aguardar el nuevo choque, hubo de ponerse en salvo. Dicese que de los auxiliares murieron la mayor parte; y de los Lacedemonios, que eran en número de seis mil, todos á excepcion de doscientos.

Llegado á la ciudad, exhortó á los ciudadanos que salieron á recibirle á que dieran entrada á Antígono, y les dijo que por él muerto ó vivo, si en algo podia ser util á Esparta, no faltaria á ejecutarlo. Viendo que las mugeres salian al encuentro á los que con él se habian salvado, que les tomaban las armas, y les llevaban de beber, se entró en su casa; y como una criada que tenia de condicion ingenua, habiéndola tomado en Megalopolis despues de la muerte de su muger; se llegase á él como solia, con deseo de asistirle viéndole venir del ejército, ni quiso beber, sin embargo de que se ahogaba de sed, ni sentarse estando fatigado; sino que armado como estaba puso la mano en una columna, y dejando caer el rostro sobre la flexura del brazo, descansó asi por algunos instantes, y haciendo entre sí diferentes reflexiones, se dirigió con sus amigos al punto de Gitio; y embarcándose en algunas naves prevenidas al intento, se hizo á la vela.

Tomó Antígono á Esparta con solo presentarse; pero trató con humanidad á los Lacedemonios, sin insultar ni humillar la dignidad de Esparta; y antes bien le restituyó sus leyes y su gobierno; y sa-

crificando á los dioses, marchó al tercero dia, noticioso de la guerra que sufría la Macedonia, y de que los bárbaros devastaban el pais. Hallábase ya entonces enfermo, por haber contraído una tisis grave y una tos continua. Mas no por eso se dejó caer, sino que se esforzó para esta guerra de su patria, durando lo bastante para alcanzar en ella una señalada victoria con gran carnicería de los bárbaros, y hacer su muerte mas gloriosa, la que se verificó, como es mas natural, y lo dice Filarco, de resultas de habérsele rebentado la apostema con los gritos que dió durante el combate; aunque en los corrillos se decia que prorumpiendo de gozo despues de la victoria en esta exclamacion: ó qué glorioso dia, arrojó gran cantidad de sangre, y levantándosele una fuerte calentura, murió. Mas baste esto de Antígono.

Cleomenes, navegando de Citera, tocó en otra isla, que era la de Egialco; de donde estaba para pasar á Cirene, cuando uno de sus amigos llamado Teruquion, varon de grande aliento para las empresas, y en sus expresiones altivo y arrogante, hallándole á solas, le hizo este razonamiento: «la muerte para el hombre mas gloriosa la desdenamos en el combate, sin embargo de que todos nos habian oído decir que Antígono no seria vencedor del Rey de los Esparciatas, como no fuera despues de muerto: pues la ocasion de la otra muerte, que á aquella es segunda en fama y en virtud, tenemosla ahora en nuestra mano: ¿por qué pues navegamos á la ventura, huyendo de la que tenemos tan cerca, para ir á buscarla lejos? porque si no es una afrenta que sirvan á los sucesores de Filipo y Alejandro los descendientes de Hércules, nos ahorrariamos una larga navegacion con entregarnos á Antígono, que tanto se ha de aventajar á Tolomeo, quanto á los Egipcios los Macedonios. Y si nos desdenamos de sujetarnos á aquellos por quienes con las armas

« fuimos vencidos, ¿iremos á tomar por dueño y señor al que no nos ha vencido, para que asi en lugar de uno haya dos á quienes seamos inferiores, Antígono de quien huimos, y Tolomeo, á quien habremos de adular? ¿ó diremos que venimos á Egipto por causa de la madre? ¿pues por cierto que serás á la madre un espectáculo agradable y digno de ser tomado por modelo, habiendo de presentar á las mugeres de Tolomeo un Rey convertido en esclavo y un hijo fugitivo! ¿Pues por qué siendo todavía dueños de nuestras espadas, y teniendo todavía la Laconia á nuestra vista, no nos substraemos aqui al imperio de la fortuna, justificándonos asi para con los que yacen en Selasia muertos por Esparta? y no que ahora vamos á estarnos reposados en Egipto para informarnos de quién es el Sátrapa que Antígono ha dejado en Laconia.» Habiendo hablado de esta manera Teruquion, le respondió Cleomenes: «¿Conseguir, ó ménquado, de las cosas humanas la mas fácil, y que todos tienen mas á la mano, que es el morir, quieres acreditarte de fuerte, entregándote á una fuga mas vergonzosa que la primera? porque á los enemigos han cedido antes de ahora otros mejores que nosotros, ó por capricho de la fortuna, ú oprimidos por la muchedumbre; pero al que, ó por el trabajo y el infortunio, ó por la gloria y el viterio de los hombres se da por perdido, á este es su propia cobardía la que le vence: porque la muerte voluntaria no debe elegirse para huir de obrar, sino para alguna accion util: porque es cosa vergonzosa que vivamos ó muramos para nosotros solos, que es lo que tú ahora aconsejas, queriendo que nos apresuremos á salir de la situacion presente, sin hacer ó proponer ninguna otra cosa que sea honesta ó provechosa. Mas por lo que hace á mí, creo que tú y yo mismo no debemos perder aun

«toda esperanza de salud para la patria; y cuando
 «llegue el caso de que esta esperanza nos abandone
 «enteramente, siempre nos ha de ser facil el morir
 «si así conviene.» A esto nada replicó Teruquion;
 pero á la primera oportunidad que tuvo de apartarse
 de Cleomenes, retirándose por la ribera, se dió la
 muerte.

Cleomenes, haciéndose al mar desde Egialia, se
 dirigió al Africa, y acompañado por los oficiales del
 Rey, pasó á Alejandría. Presentándose á este, al prin-
 cipio no fue de él tratado sino con la comun huma-
 nidad y benevolencia; pero luego que dió á conocer
 el temple de su ánimo, acreditándose de hombre de
 mucho asiento, y mostrando en el trato diario un
 caracter Espartano y sencillo con cierta gracia libe-
 ral é ingenua, sin mancillar en lo mas mínimo su
 ilustre origen, ni aparecer abatido por el rigor de la
 fortuna, tuvo ya en el corazon del Rey mejor lugar
 que los que bajamente le lisonjeaban y adulaban:
 sintiendo este pesar y vergüenza de haber mirado
 con abandono á un varon tan singular, y haber de-
 jado que fuera la presa de Antígono, que de resul-
 tas tanto habia aumentado en gloria y su poder. En-
 mendando pues lo pasado con nuevas honras y aga-
 sajos, alentó á Cleomenes, anunciándole que con
 naves y dinero le volvería á la Grecia, y le restable-
 ceria en el reino. Señalóle ademas una pensión de
 veinte y cuatro talentos al año; con los que se man-
 tenia á sí mismo y á sus amigos con parsinomia y
 frugalidad, impendiendo la mayor parte en socor-
 rer benigna y humanamente á los que de la Grecia
 se acogian al Egipto.

Mas Tolomeo el mayor murió antes de que tu-
 viera cumplimiento la restitucion de Cleomenes; y
 como al punto hubiese caido la corte en embriague-
 ces, lascivias y todo género de disolucion, fue con-
 siguiente que se echara en olvido lo ofrecido á Cleo-

menes. Porque al Rey mismo le habian traído á tal
 grado de corrupcion con las mugerzuelas y el vino,
 que cuando mas despierto estaba y mas en su acuer-
 do, se le iba el tiempo en celebrar misterios, y en
 andar por el palacio con una campanilla convocan-
 do á ellos; y de las cosas de gobierno disponia á su
 arbitrio Agatoclea, que era su favorita, la madre de
 esta, y un rufian llamado Oinantes. Sin embargo al
 principio no se tuvo por del todo inutil á Cleome-
 nes; porque como Tolomeo temiese á su hermano
 Megas, á causa de que por su madre tenia ascendien-
 te sobre las tropas, se valió de Cleomenes, y le ad-
 mitió á los consejos íntimos, con la idea de des-
 hacerse del hermano; mas él solo, sin embargo de
 que todos los demas instaban sobre que se pudiese por
 obra, desaprobó tal intento, diciendo que si fuera
 posible, debian darse al Rey muchos hermanos pa-
 ra su seguridad, y para tener con quien repartir la
 muchedumbre de los negocios; y aunque Sosibio,
 que era el de mas poder entre los amigos del Rey,
 expuso que no podrian tener confianza en las tropas
 asalariadas mientras Megas viviese, les dijo Cleome-
 nes que en este punto estuvieran descuidados; por-
 que habia entre estas tropas mas de tres mil Pelopo-
 nesianos que estaban á su devocion, y con solo ha-
 cerles una seña se le presentarian armados con la
 mas pronta voluntad: manifestacion que por enton-
 ces grangeó á Cleomenes opinion de afecto al Rey,
 y de no estar destituido de poder. Mas como luego
 la misma flojedad de Tolomeo acrecentase en él el
 miedo, y segun la costumbre de los que no se paran
 á considerar nada, tuviese por lo mas seguro temer
 de todo, y no fiarse de nadie, empezó entre los cor-
 tesanos á tener por temible á Cleomenes, á causa de
 su influjo con las tropas extrangeras; y ya muchos
 decian que á aquel leon se le tenia entre las ovejas;
 y á la verdad como tal estaba en el palacio mirando

con entereza, y haciéndose cargo de cuanto pasaba.

Desmayó pues en la demanda de naves y tropas; mas habiendo sabido que habia muerto Antígono, que los Aqueos estaban enredados en la guerra de Etolia, y que los negocios pedian su presencia y le llamaban allá, estando el Peloponeso en el mayor tumulto y agitacion, pidió que se le permitiera ir solo con sus amigos; pero de nadie fue escuchado, porque el Rey á nadie daba oídos, entretenido siempre con mugerzuelas, con los regocijos de Baco y con comilonas; y el que lo dirigia y gobernaba todo, que era Sosibio, si detenía á Cleomenes contra su deseo, le miraba como desasosegado y temible; y en el caso de dejarle marchar, le infundía recelos un hombre osado y de grandes alientos, que estaba muy hecho cargo de las dolencias de aquel reino. Porque ni aun las dádivas le dominaban; sino que así como Apis, cuando parecia que nadaba en la abundancia y en el placer, lo inquietaba el deseo de una vida segun su genio, y de las carreras y juegos en toda libertad, viéndose claramente que le era insufrible el que le contuviera la mano del sacerdote; del mismo modo á Cleomenes ningun regalo le lisonjeaba; sino que como á Aquiles

El fuerte corazon se le angustiaba

De verse allí encerrado; y de las lides

En el deseo bullicioso ardía.

Cuando sus cosas se hallaban en este estado, llega á Alejandría Nicagoras de Mesena, hombre que aborrecia á Cleomenes, aunque aparentaba serle amigo; y es que le habia vendido años pasados una buena posesion, y por penuria de dinero, á lo que entiendo, ó quizá por falta de oportunidad con motivo de las continuadas guerras, no habia aun recibido el precio. Viéndole pues entonces Cleomenes saltar en tierra desde la nave, porque casualmente se estaba paseando en el desembarcadero del puerto, le saludó con

afecto, y le preguntó cuál era la causa que le conducia al Egipto. Correspondióle Nicagoras con afabilidad; y contestándole que traía para el Rey caballos hechos á la guerra, Cleomenes se echó á reír: y yo te aconsejaria, le dijo, que mas bien le trajeras tañedoras de flautas ó hermosos mocitos, porque estas son ahora las cosas de mas gusto para el Rey. Rióse tambien Nicagoras por entonces; pero haciendo al cabo de pocos dias conversacion del campo á Cleomenes, le rogó que le pagara el precio, diciendo que no le incomodaria á no haber sentido bastante pérdida en el despacho del cargamento; y respondiéndole Cleomenes no tener ningun sobrante de su asignacion, incomodado Nicagoras denunció á Sosibio el dicho de Cleomenes. Oyóle aquel con placer; pero deseoso de tener otra causa con que exasperar mas el ánimo del Rey, persuadió á Nicagoras que dejara escrita una carta contra Cleomenes, en la que dijese que este tenia meditado; si alcanzaba que se le dieran naves y soldados, apoderarse de Cirene. Escribió Nicagoras la carta y se marchó, y Sosibio á los cuatro dias se la leyó al Rey, como que acababa de recibirla, con lo que le acaloró é irritó, haciéndole determinar que se condujera á Cleomenes á un edificio grande, y acudiéndole allí con todo lo acostumbrado, se le privara de la salida.

No dejaba esta disposicion de afligir á Cleomenes; pero fue todavía mas triste la perspectiva que se le presentó para lo venidero con este desgraciado accidente. Tolomeo el de Crisermo, que era amigo del Rey, habia hablado siempre á Cleomenes con cariño, y aun habia entre ambos cierta amistad y franqueza. Este pues á ruego de Cleomenes vino á verle, y le trató tambien con afabilidad, removiendo toda sospecha y procurando excusar al Rey; pero al retirarse de aquel edificio no atendió á que Cleomenes seguía acompañándole hasta la puerta, y reprendió ás-

peramenté á los de la guardia de que custodiaban con poca diligencia y cuidado á una fiera que pedia otra vigilancia. Oyólo Cleomenes, y retirándose sin que Tolomeo le sintiese, lo participó á los amigos. Todos pues desecharon las esperanzas que antes habian tenido, y poseidos de ira, determinaron vengarse de la injusticia é insulto de Tolomeo, y morir de un modo digno de Esparta, sin aguardar á ser degollados como victimas engordadas para el sacrificio; pues era cosa terrible que habiendo Cleomenes desechado las proposiciones de paz hechas por Antígono, gran militar y hombre de valor, se estuviera ahora sentado esperando á que se hallara de vagar un Rey ministro de Cibeles, y á que depusiera el tímpano y el tirso para degollarle.

Tomada esta resolución, hizo la casualidad que Tolomeo habia ido á Canopo, y con esta oportunidad hicieron correr la voz de que el Rey, le daba libertad. Además de esto siendo costumbre recibida en el palacio que se enviase la comida y diferentes regalos á los que iban á ser sacados de la prision, los amigos habian hecho estos preparativos para Cleomenes, y se los enviaron desde afuera del edificio para engañar á los de la guardia, haciéndoles creer que era el Rey el que los enviaba; para lo que sacrificó y les dió abundantemente parte, coronándose él de flores, y recostándose á comer con sus amigos. Dícese que puso en ejecución su designio mas presto de lo que tenia pensado, por haber llegado á entender que un esclavo que estaba en el secreto habia dormido fuera con una muger, de la que estaba enamorado; y temeroso de que pudiera descubrirlo, siendo la hora del medio dia, y habiéndose asegurado de que los guardias estaban durmiendo medio beodos, se puso la túnica, y desatando los lazos del hombro derecho, con la espada desnuda en la mano, salió con los amigos preparados de la misma manera, que en todos eran

trece. De estos Hipotas, que era cojo, al primer ímpetu los acompañó con igual ardor; pero cuando advirtió que por él iban mas despacio, les pidió que lo mataran, y no malograrán la empresa por esperar á un hombre inútil. Mas sucedió que atravesó por la puerta un Alejandrino que llevaba un caballo: quitáronselo y poniendo en él á Hipotas, dieron á correr por las calles, excitando á la muchedumbre á la libertad; pero á lo que parece para aquellos habitantes el último término de su valor era alabar y admirar la osadía de Cleomenes, no habiendo nadie que la tuviera para seguirle y darle ayuda. A Tolomeo el de Crusermo, que salia de palacio, le acometieron tres al punto, y le dieron muerte; y corriendo contra ellos en su carro el otro Tolomeo, á cuyo cargo estaba la custodia de la ciudad, saliéndole al encuentro, dispersaron á sus esclavos y á los de su escolta, y á él arrojándole del carro le mataron. Dirigiéronse en seguida al alcázar con el objeto de quebrantar la cárcel y ayudarse con la muchedumbre de los presos; pero la guardia se les habia anticipado, y la tenia bien defendida: de manera que frustrado Cleomenes en este intento, corria desatentado por la ciudad, sin que se le reuniera nadie, y antes huyendo todos y mostrando el mayor temor. Paróse pues, y diciendo á sus amigos: «nada tiene de extraño que sean mandados por mugeres unos hombres que rehusan la libertad», los exhortó á todos á morir de un modo digno de él y de sus anteriores hazañas. Hipotas fue el primero que se hizo traspasar por uno de los mas jóvenes; y en seguida cada uno de los demas se atravesó á sí mismo con su espada con la mayor serenidad é intrepidez, á excepcion de Penteo, que habia sido el primero que entró en Megalopolis cuando fue tomada. A este, bellissimo de persona, de la mejor índole y disposicion para la educacion Espartana, y que por estas prendas habia sido el amado

de Cleomenes, le dió orden de que cuando viera que él y los demas habian acabado, entonces acabara consigo. Yacian todos por el suelo, y Panteo fue de uno en uno tentando con la espada no fuera que alguno quedara vivo; y haciendo por fin con Cleomenes la prueba de punzarle en un pie, como observase en su rostro algun movimiento, le besó, se sentó á su lado, y cuando ya espiró, abrazó su cadáver, y en esta actitud se quitó á sí mismo la vida.

De este modo terminó sus dias Cleomenes, habiendo reinado en Esparta diez y seis años, y habiendo llegado á ser un varon tan eminente. Divulgada la noticia por toda la ciudad, Cratesiclea, no obstante ser de ánimo varonil, desfalleció con la grandeza de semejante calamidad, y abrazando á los hijos de Cleomenes, empezó á lamentarse y hacer grandes exclamaciones. El mayor de aquellos niños, desprendiéndose y saliendo de allí cuando nadie podía sospecharlo, se arrojó de cabeza desde el tejado, y aunque se hizo grandísimo daño, no murió del golpe, y cuando le levantaron gritaba y se desesperaba porque le impedían el morir. Tolomeo, luego que se le dió cuenta, mandó que desollaran el cuerpo de Cleomenes, y lo pusieran en una cruz, y que diesen muerte á los hijos, á la madre y á las mugeres que tenía consigo. Era una de estas la muger de Panteo, de hermosa y agraciada persona. Estaban recién casados, y en el primer ardor de sus amores les sobrevinieron estos infortunios. Quiso pues embarcarse desde el principio con Panteo; pero sus padres no la dejaron, teniéndola guardada por fuerza bajo llave; pero al cabo de poco, habiendo podido proporcionarse un caballo y algun dinero, se escapó de noche, y sin detenerse caminó hasta Tenaro; y allí se embarcó en una nave que se dirigia á Egipto; y conducida á la compañía de su marido, vivió con él en tierra extraña alegre y contenta. Entonces asistió

á Cratesiclea, arrebatada por los soldados, la recogió el manto, y la exhortó á tener buen ánimo, sin embargo de que mostró no arredrarla la muerte, no pidiendo mas que una sola cosa, que era morir antes que los niños. Llegadas al sitio en que los ministros acostumbraban á hacer tales ejecuciones, primero dieron muerte á los niños á vista de Cratesiclea, y despues á esta misma, que en medio de tanta afliccion no pronunció mas palabras que estas: "¡Hijos míos, adonde habeis venido!" La muger de Panteo se ciñó el manto, y siendo alta y de fuerza, callando y con reposo prestó su asistencia á cada una de las que murieron, y cubrió sus cadáveres en la forma que pudo. Finalmente muertas todas, cuidó de su propio adorno, se recogió la ropa, y no permitiendo que se le acercase nadie ni la viese sino el encargado de la ejecucion, murió heróicamente sin necesitar de nadie que cuidara de cubrirla y amortajarla despues de su muerte. ¡Tan zelosa fue de conservar aun en este trance la limpieza de su alma, y de guardar aquel pudor que fue mientras vivió el antemural de su cuerpo!

Lacedemonia pues, habiendo puesto en contraposicion y competencia en esta tragedia el valor de unas mugeres con el de los hombres, hizo ver que la virtud no puede ser nunca ofendida y agraviada de la fortuna. Al cabo de pocos dias los que guardaban el cuerpo de Cleomenes puesto en cruz vieron un dragon de bastante magnitud enroscado en su cabeza, y que le cubria el rostro en términos de no poder acercarse ninguna ave á comer sus carnes; de resulta de lo cual se apoderó del ánimo del Rey cierta supersticion y miedo, que dió ocasion á las mugeres para diferentes expiaciones, dándose á entender que habian muerto á un hombre amado de los Dioses y de una naturaleza superior; y los de Alejandría dieron en concurrir á aquel lugar, invocando

á Cleomenes como héroe é hijo de los Dioses: hasta que otros tenidos por mas inteligentes los retrajeron de esta opinion, contándoles que de los bueyes podridos nacen las abejas; de los caballos las abispas, y de los asnos en igual forma los escarabajos; y que los cuerpos humanos, cuando el podre de la medula se espesa y toma consistencia, produce serpientes: lo que observado por los antiguos, miraron al dragon como el mas amigo y compañero de los héroes entre todos los animales.

Habiendo referido ya la primera historia, nos quedan que ver no menores infortunios en la pareja Romana, contraponiendo las vidas de Tiberio y Cayo. Eran hijos de Tiberio Graco, que con haber sido Censor de los Romanos, Consul dos veces, y haber obtenido dos triunfos, todavía fue mayor la dignidad que debió á su virtud. Fue por tanto merecedor de tomar en matrimonio á Cornelia, hija de Escipion, el que venció á Anibal, despues de la muerte de este, aunque no habia sido su amigo, sino mas bien de otro partido en el gobierno. Dicese que cogió una vez una pareja de dragones sobre su lecho: que habiendo examinado los agoreros este portento, no dejaron que se diera muerte á los dos, ni que los dos quedaran, sino que se eligiera uno, en la inteligencia de que si se mataba el macho, esto anunciaba la muerte á Tiberio, y si la hembra á Cornelia; y finalmente que amando mucho Tiberio á su muger, y juzgando que era mas conveniente morir él el primero por tener mas edad, pues Cornelia era todavía joven, mató de las serpientes el macho y dejó la hembra; y despues al cabo de poco tiempo murió, dejando doce hijos tenidos en Cornelia. Encargada esta de los hijos y de la casa, se mostró tan prudente, tan amante de sus hijos, y tan magnánima, que entendieron todos no haber andado errado Tiberio en anteponer su muerte á la de semejante muger, la cual no admitió el matrimonio del Rey Tolomeo, que partia con ella la diadema y la pedía por muger; y permaneciendo viuda, perdió todos los demas hijos, á excepcion de una hija que casó con Escipion el menor, y los dos hijos Tiberio y Cayo, cuya vida escribimos; á los que dió tan esmerada crianza, que con ser, á confesion de todos, los de mejor índole entre los Romanos, aun parece